
La influencia española en Corneille

En la noche del 30 de septiembre al uno de octubre de 1684 moría en París Pedro Corneille, el primero, cronológicamente, de los tres grandes dramaturgos franceses del siglo XVII.

Hoy, en el tercer centenario de su muerte, parece oportuno tratar de ahondar algo más en la importante obra literaria de influencia española de aquel hombre de aspecto retraído, apocado en sociedad y casi un poco ridículo, premioso al hablar, gran poeta que no sabía leer sus versos y que, según ha estimado cierta crítica, dotó a Francia de un teatro nacional. Su larga vida —había nacido en Rouen en 1606—, que se desliza a lo largo del mal llamado «siglo clásico», le permitió realizar una obra densa y variada al compás de los acontecimientos históricos en que le tocó vivir. Vive Corneille, en efecto, en los distintos períodos en que tradicionalmente y para comodidad de los estudiosos se divide esta centuria: regencia de María de Médicis y reinado de Luis XIII asesorado por Richelieu (1610-1642), regencia de Ana de Austria y ministerio de Mazarino que ha de enfrentarse con la guerra de la Fronda (1643-1660) y, por último, a partir de 1661, los primeros veinticuatro años del reinado personal de Luis XIV.

A las perturbaciones que suelen producirse al cambiar de manos el poder se añaden tensiones sociales y culturales de todo tipo. Están presentes fuerzas poderosas surgidas ya en la centuria anterior e incluso bastante antes y que, fuertemente reprimidas, ni pueden prosperar ni coexistir armoniosamente con las tendencias dominantes ni tampoco se resignan a morir. Todo ello configura una época torturada, desgarrada entre tensiones diversas y opuestas. Los que la viven tienen ya clara, ya confusa impresión de ruptura histórica, de inestabilidad, de cambio constante que engendra inseguridad, características todas que corresponden a la cultura llamada del barroco.

Si la literatura nunca es independiente de lo político ni de lo social, dos nociones fundamentales hemos de recordar antes de abordar el estudio del teatro de Corneille. En primer lugar, insistiremos en que ya desde los primeros años del siglo asistimos a un impulso arrollador de la sociedad aristocrática y a un fortalecimiento de sus convicciones y prerrogativas. La nobleza es entonces y seguirá siendo hasta la revolución francesa una clase privilegiada y dominante. Sus ambiciones y su poder se basan en un concepto racial. Tiene la convicción de ser superior a los demás estamentos sociales gracias a poseer una «sangre especial» que se transmite de padres a hijos. De ahí la importancia sin igual dada al nacimiento, condensada en la expresión «bien né» o «bien nacido». «Le sang», «la race», «la naissance» son conceptos que aparecen constantemente en las obras literarias de la época y muy especialmente en las de Corneille ¹.

¹ Tomamos estos datos de ROBERT MANDROU: *Introduction à la France moderne. Essai de psychologie historique*. París, Albin Michel, 1961, pág. 145.

Esta «superioridad» de índole mágica y supuestamente fisiológica se manifiesta en la noción del honor, palabra que, en francés antiguo, tiene un valor jurídico, especialmente el de «feudo», con lo cual la posesión de honor va ligada a la posesión de dominios feudales y será cualidad exclusiva de los nobles². Asimismo, incluye la posesión de todas las virtudes más estimadas en la época, la valentía unida a la fuerza, la generosidad, del latín «generosus», es decir, «linajudo», la magnanimidad que es lo propio de los «grandes» la «altura» de miras, entre otras. «Bon sang ne peut mentir», dice un antiguo refrán, ya que se presume que personas nacidas de padres nobles no degeneran y expresiones tales como «droit du sang» o «des princes du sang», evocan los derechos que da el nacimiento noble y los de los descendientes de la familia real, respectivamente. Todo «caballero» debe defender su honor por encima de todo, sin permitir ni perdonar la menor humillación ni ofensa. Pero simultáneamente, el honor sólo se conserva si la fama lo pregona, ya que nada es peor que ser considerado «infame». Tal es el contradictorio concepto del «honor», a la vez procedente de algo tan privativo como la sangre y paradójicamente dependiente de la opinión ajena. Por eso la conducta honorable para ser honrada se rige en primer lugar no por los sentimientos íntimos ni por afectos particulares, sino, principalmente, por la adopción de una actitud siempre atenta a no desmerecer en la opinión ajena, actuando con arreglo a lo que la moral noble exige. El más alto valor moral viene expresado por la palabra «gloire», que representa el reconocimiento por parte de los demás de esa postura. El deber del noble es ante todo el deber de mantener, cueste lo que cueste, esa «gloire» mediante el comportamiento necesario por duro que pueda parecer.

En segundo lugar no se olvide que el rey, situado en la cumbre del edificio social, representa la autoridad suprema, autoridad cada vez más respetada a pesar de las revueltas de los nobles, deseosos de ejercer su poder y de disfrutar de independencia de acción para el logro de sus ambiciones. Las polémicas y luchas acerca de la autoridad real no se acallarán fácilmente. Recuérdese la guerra de la Fronda, el gran número de «mazarinadas» o panfletos contra Mazarino, unos cuatro mil, que entonces circularon y las represiones y penas capitales que antes que él hubo de aplicar Richelieu. La clarividencia y firmeza políticas de estos dos cardenales conseguirán vencer todos los obstáculos y mantener los principios de la unidad del reino. La autoridad de la monarquía proseguirá su camino ascendente protegida por el apoyo eficaz de su poderosa aliada la Iglesia católica, que consagra a los reyes cristianísimos, les reconoce un lugar privilegiado en su seno y el poder milagroso de curar, por la imposición de manos, los lamparones. Esta alianza monarquía-Iglesia es a la vez un lazo místico y un pacto jurídico muy preciso cuya última redacción es la del Concordato de Bolonia en 1516. Y no deja de ser curioso que fuera precisamente Enrique IV quien, para restaurar las tradiciones reales en su totalidad, reintegrando la religión católica en la monarquía, tocase a los escrofulosos a los pocos días de su entrada en París en 1594, reanudando así la tradición de esta ceremonia interrumpida desde 1588. El rey es soberano y sobre todo quien garantiza la prosperidad de la

² O. BLOCH y W. VON WARTBURG: *Dictionnaire étymologique de la langue française*. P.U.F. «Dans l'ancienne langue "honneur" a souvent une valeur juridique, notamment celle de fief, domaine».

nación. Es él, es la «virtud de la sangre» de sus venas la que proporciona a sus súbditos el triunfo en las guerras y la prosperidad en la paz. La realeza es, cada vez más, una concepción mística que en lugar de debilitarse cobra renovada credibilidad en el siglo XVII, pues el poder sigue viniendo de Dios. En esta centuria la imposición de manos del rey que cura los lamparones pasa a formar parte de las pompas solemnes de las que se rodea el soberano en las grandes fiestas religiosas. Con ello parecen confirmados definitivamente el milagro y en consecuencia el carácter sagrado de la persona real. La nobleza jamás pondrá seriamente en duda este principio ³.

En este siglo tan conflictivo en el que cohabitan tantas supersticiones paralelamente al nacimiento y desarrollo de la ciencia nueva, el siglo de Descartes, de Gassendi y de los libertinos eruditos y al mismo tiempo de la persecución de la brujería y de la intransigencia religiosa, es también el siglo del teatro por excelencia. El teatro, por su peculiar carácter de espectáculo público, desempeña un papel primordial como espejo de su tiempo y órgano de propaganda.

Si ya parece admitido que toda obra literaria es solidaria de la época en que nace, acaso ningún autor, en Francia, evidencie mejor esta solidaridad que Corneille, hasta el punto de que las interpretaciones a veces contradictorias que de sus obras se han hecho, proceden, a nuestro juicio, no tanto del desconocimiento de las circunstancias sociales, políticas y religiosas que las vieron nacer, sino de haber aislado en mayor o menor medida su estudio de ese entorno histórico condicionante. Corneille viene a ser un testigo de excepcional importancia en una época de intensos vaivenes políticos, ideológicos, de constantes confrontaciones entre las pretensiones de la nobleza ávida de desempeñar el papel preponderante que ha sido siempre el suyo y las nuevas tendencias de la modernidad que siguen caminando en la Europa Occidental hacia las monarquías absolutas. Corneille será un magnífico propagandista de las ideas absolutistas que el poder necesita imponer para vencer las veleidades de una nobleza reaccionaria y, sobre todo, los impulsos renovadores surgidos en el Renacimiento ⁴.

La obra que mejor puede servirnos para ilustrar nuestro punto de vista es, precisamente, *El Cid*, a la que la crítica exaltó como la creación que inauguraba el teatro clásico francés y que, habiendo logrado un éxito extraordinario en su tiempo, sigue siendo considerada hoy como la más bella de las producciones de Corneille.

El tema, como es bien sabido, está tomado de *Las mocedades del Cid*, de Guillén de Castro.

³ ROBERT MANDROU: *O.c.*, págs. 165-182 y añade el autor: «Encore que les rois de France ne soient pas prêtres comme les rois des Payens, si est-ce qu'ils participent à la prêtrise et ne sont pas purs laïques, écrit-on en 1645» (pág. 170).

⁴ PIERRE BARRIÈRE: *La vie intellectuelle en France...* Albin Michel, 1961, pág. 144, ha subrayado la protección de Richelieu a Corneille. El cardenal conocía muy bien la importancia de la propaganda y la ayuda que Corneille podía prestar en este sentido. Cuando Corneille escribe *Horace* (1640) la obra en que más defiende al absolutismo (dentro de las más importantes) la dedica a Richelieu diciendo: «Je n'aurais jamais eu la témérité de présenter à Votre Eminence ce mauvais portrait d'Horace, si je n'eusse considéré qu'après tant de bienfaits que j'ai reçus d'elle le silence où mon respect m'a retenu jusqu'à présent passerait por ingratitude (...) C'est (de votre Eminence) que je tiens tout ce que je suis...» V. también ANTOINE ADAM: *Histoire de la littérature française au XVII^e siècle*. Domat, 1956, págs. 466-469.